

La caja negra

AMOS OZ



La novela **La caja negra**, de Amos Oz, es una obra profundamente incómoda y brillante sobre el amor convertido en campo de batalla, la identidad política, la religión y el desgaste emocional de las relaciones humanas. Publicada originalmente en 1987, mantiene una vigencia sorprendente porque habla no solo de un contexto concreto y actual —Israel, las tensiones ideológicas, la fractura cultural— sino también de algo universal: la imposibilidad de comprender del todo al otro.

La estructura epistolar es uno de los mayores aciertos de la novela aunque también esto la convierte en una novela compleja. Todo se construye a través de cartas: no hay narrador omnisciente ni descripción neutral. Cada personaje se expone y se manipula a sí mismo mediante la escritura. Esto convierte al lector en una especie de juez involuntario que debe reconstruir la verdad a partir de versiones parciales, contradictorias y emocionalmente contaminadas. Oz utiliza esta técnica con enorme inteligencia porque muestra cómo el lenguaje no sirve únicamente para comunicar, sino también para dominar, seducir, humillar o sobrevivir.

Al estilo de las obras de teatro del siglo XVII, el núcleo de la historia es el clásico triángulo amoroso. En la base del mismo el resentimiento, el orgullo y la violencia emocional que acabó con el matrimonio entre Ilana y Alex Gideon. Alex, brillante intelectual ashkenazí (comunidad judía originada en Europa central y oriental, con raíces en el valle del Rin (Alemania y Francia) hace unos 1100 años. Representan cerca del 70-80% de la población judía mundial actual, con una cultura definida por el uso histórico del yidis y tradiciones litúrgicas distintas a las de los sefardíes) posee una racionalidad fría y elitista; Ilana encarna una emocionalidad caótica y vulnerable que cometió infidelidades por despecho y, en el vértice, Michel Sommo, el nuevo marido religioso y sefardí de Ilana que ha vivido y vive bajo la sombra del primer matrimonio de su esposa y que introduce una tensión social y cultural que atraviesa toda la novela. Envolviendo este triángulo tenemos las cartas que se van escribiendo de los unos a los otros y que nos van descubriendo por qué fracasó el matrimonio. Y, a distancia, pero conectado con ese hilo invisible que despliega la novela tenemos a Boaz, el hijo de Ilana y Alex, un padre que por miedo se desentendió de él y a Sommo que lo ha hecho

“su hijo”. Pero lo más interesante es que Oz evita convertirlos en símbolos simples: todos son ridículos y conmovedores a la vez.

Uno de los temas más potentes del libro es el fracaso de la inteligencia emocional. Alex puede analizar el mundo con lucidez extraordinaria, pero es incapaz de amar sin destruir. La novela parece sugerir que la brillantez intelectual no inmuniza contra la mezquindad ni contra el sufrimiento afectivo. De hecho, cuanto más inteligentes son los personajes, más sofisticadas se vuelven sus crueldades.

También es una novela sobre herencias invisibles. El hijo, Boaz, funciona casi como “la caja negra” título que da nombre a la novela: absorbe el desastre de los adultos y lo transforma en una forma extraña de rebeldía silenciosa. La metáfora de la caja negra es especialmente poderosa porque alude a esos mecanismos ocultos que registran las catástrofes humanas incluso cuando nadie quiere mirarlas de frente. Toda la novela consiste, en cierto modo, en reconstruir un accidente emocional. Por tanto, el título tiene una doble acepción. Por una parte, Boaz, en sí es esa caja negra y, por otra, el conjunto de cartas que se van enviando los personajes forman también esa caja negra.

Así la novela comienza con la carta de Ilana a Alec y, desde el principio, se nos descubre esa relación de amor-odio que destruye a los personajes y que, a la vez, los humaniza:

*“Querido Alec:
Que no hayas destruido esta carta al reconocer mi letra en el sobre prueba que la curiosidad es más poderosa que el odio. O que tu odio necesita carne fresca...” (Pág. 9)*

“...¿qué más quieres de mí?...¿ Por qué apareces de repente para perturbar nuestro cementerio después de siete años?. Déjame en paz. Vivo solo. Tranquilo. Me acuesto a las diez cada noche y duermo sin sueños...” (Pág. 72)

Y Sommo le hablará a su hijastro en estos términos:

“... Por eso te he dicho antes que no eras un hombre. Desde luego, no un judío. Tal vez te agradase ser un árabe. O un pagano. Porque ser judío, Boaz, significa saber resistir la adversidad y practicar el autodomínio y seguir recorriendo nuestro viejo sendero...” (Pág. 59)

Desde el punto de vista estilístico, Oz combina una enorme densidad psicológica con momentos de ironía feroz. Hay cartas cargadas de odio que resultan casi cómicas por su exceso verbal. (Veáse pág. 68 anexo de la carta de Manfred a Alec). Esa mezcla de tragedia y sarcasmo evita que la novela caiga en el melodrama. Además, el ritmo es

notable: aunque casi todo son intercambios escritos, la tensión nunca desaparece y el lector siente la necesidad de seguir leyendo, de seguir analizando esa caja negra que le haga comprender la historia.

Los personajes son intensos, neuróticos y verbalmente excesivos. Además, la mirada de Oz sobre las relaciones puede parecer profundamente pesimista. Sin embargo, precisamente ahí reside parte de su fuerza: no busca consolar al lector, sino obligarlo a observar cómo las personas convierten el amor en una lucha por el control.

En conjunto, *La caja negra* es una novela intelectualmente exigente y emocionalmente devastadora. Más que contar una historia de divorcio o reconciliación, disecciona las ruinas morales y afectivas de personas incapaces de dejar de necesitarse. Y lo hace con una lucidez que incomoda incluso décadas después de haber sido escrita. Es ésta una novela exquisita que retrata además toda una época, una situación social, política y religiosa que sigue vigente aún hoy en día.

La novela está ambientada a mediados de los setenta, en el Israel que arranca poco después de la guerra del Yom Kippur, que motivó el auge de la derecha sionista en el país. La sociedad se halla completamente dividida. Por un lado, están todos los lastres conservadores y la búsqueda de la identidad judía y, por otro, el movimiento *hippie* que pretende crear lazos entre las diferentes culturas, Gideon, enarbola un poco esta bandera con sus ideas contra el *fanatismo*. Sommo estaría en el lado contrario a Gideon y, sin embargo, los dos tienen un punto que los une: la búsqueda de la redención. A lo largo de toda la novela nos encontramos con un sinnúmero de alusiones a la religión, no exentas de cierto determinismo:

“ De acuerdo con nuestra fe existe una relación entre sus agravios (los de Alec) y los problemas de Boaz junto a los sufrimientos de su madre...(Pág. 66) ”

Pero también es ésta y sobre todo una historia de amor. Una historia de amor tóxica, pero una historia de amor que, bajo los insultos y humillaciones nos descubre una atracción física con mayúsculas (*“nos quedábamos en la cama hasta las diez, maltrechos y exhaustos por la crueldad de la noche pasada (...) como un par de boxeadores entre asaltos”*). Un amor de traiciones y de sumisión como lo encontramos en *El amante de Lady Chatterley* o en *Amistades Peligrosas* (*“follaba con otro, pero pensando en ti”, “me follaste de pie como si me acuchillaras”*). (Leemos juntos la pág. 107 y la 135)

A través de los personajes, Oz, nos hace descubrir cómo es cada uno. Así el silencio de

Gideon, al principio, y sus cartas frías pidiéndole que corte el rollo dramático (*“te apremia representar el papel de heroína clásica”*), hace parecer a Ilana aún más histérica, más desequilibrada, más necesitada, pero poco es lo que sabemos de ella. Por el contrario, el personaje de Alex está muy bien definido a lo largo de la novela, tanto físicamente como intelectualmente. (*“Tu cuerpo de gladiador (...), tu expresión de príncipe torturado, el poder de tus ojos grises, el resplandor de tu atormentado espíritu, el escudo helado de tu voluntad de hierro”*). (*“y tú, guadaña en mano, siegas la discusión con una o dos frases”*). Con estas descripciones difícil es no enamorarse un poquito de él.

También está muy bien definido Sommo. A Sommo que, como marido, parece que no tenga que hacérsele ningún reproche, sin embargo, lo ensombrece su fanatismo religioso en contraposición a Alex, que es la razón y la tolerancia. *“hace tiempo que acabé con los que son como usted y me dediqué a tipologías más complejas”*, le dice Alex. Sin embargo, su relación con Boaz, el hijo de Ilana y Alex *“El vikingo beduino”* hace que ese fanatismo se vea difuminado.

En la pág. 131 se nos hace una comparativa de los dos personajes: el encanto y la inteligencia de Alex que se nos descubre como el ideal de hombre: guapo, inteligente, seguro de sí mismo y aguerrido frente o en contraposición a ese hombre apocado casi anónimo que parece Michel Sommo:

“... me besó en la frente poniéndose en puntillas, dirá Ilana y yo me incliné hacia él para deshacerle los infantiles lazos de los cordones de sus zapatos...” (Pág. 131)

Y, por último, está Boaz, el hijo pródigo, el abandonado por ambos padres que crece sin necesitar a nadie (*“se rodea los hombros con los brazos cruzados. Este es el abrazo de los que no tienen a nadie”*), el renglón torcido de Dios, que logrará alejarse del mal camino gracias a su inteligencia, al apoyo de sus padres y a esa su manera de ver la vida: *“vive y deja vivir”* (aunque para Sommo *“esta idea, es la fuente de todo pecado”*). *“Los estudios de religión no me interesan nada... No me gusta como hablan de los árabes a sus espaldas...Estoy en contra de reírse de la gente...” (Pág. 123)*

La enfermedad terminal de Gideon desemboca en un final no elegido, sino condicionado. Ilana decide quedarse al lado de Gideon y cuidarlo hasta que llegue su

hora (“*velar los espasmos de la muerte*”), pero ¿se hubiese quedado si Alex no estuviese enfermo o hubiese vuelto junto a Michel y su hija?.

“Duerma tranquilo, su esposa le es fiel. No hay salidas nocturnas (...) salvo en la imaginación de nosotros tres. Donde no pueden entrar ni los carros de combate ni las escaramuzas de la redención.”

La novela acaba con un final abierto. Es el lector el responsable de elegir el final. Ilana en su última carta a Sommo le dice que le esperará y le invita a que vaya donde están ellos y juntos acompañen a Gideon en su final:

“Te esperaré. Le diré a Boaz que haga una gran cama de tablones...Yaceremos bien despiertos y atentos con los ojos abiertos en la oscuridad...Si el moribundo gime, podemos abrazarle tú y yo... Cuando me desees me pegaré a ti ... o puedes pegarte tú a él y yo os acariciaré a los dos. Lo que siempre has anhelado unirte a él y a mí. Unirte en él a mí, en mí a él. Para que los tres seamos uno. Porque entonces, de la nada... vendrán viento y lluvia, mar, nubes, estrellas para envolvernos silenciosamente a los tres...” (Pág. 281)

En este párrafo absolutamente mesiánico que nos recuerda al libro del Éxodo, descubrimos esa dependencia emocional y física que tienen nuestros tres personajes protagonistas y que ha conducido toda la obra. Ilana se despide como “vuestra madre”. ¿Madre de quién? De Boaz, de Gideon, de Sommo y de la niña.

Sommo contesta con un codial ¡Saludos! al que le siguen frases sobre la eterna misericordia de Yavé para con los que le temen. Y, nosotros, como lectores, nos preguntamos entonces si esta misericordia también será practicada por Sommo y accederá a que Ilana vuelva cuando Gideon haya muerto.